

Celebrando el triunfo y la fuerza de las víctimas de la historia*

José María Tojeira**

Estamos celebrando una vez más el triunfo de nuestros hermanos y hermanas mártires. Ese triunfo que aspiramos a que cada vez incida con mayor fuerza en la historia de los países centroamericanos, tan regados y abonados con sangre martirial. Y estamos celebrándolo en una coyuntura muy especial. Precisamente en el momento en que la fuerza de monseñor Romero empieza a convencer cada día a más personas de buena voluntad que nuestros gobiernos deben pedir perdón por los crímenes cometidos por el Estado contra tanta gente inocente y buena. No hay duda de que la fuerza de monseñor Romero nos anima a todos a seguir celebrando estos aniversarios como una muestra de que Dios pone vida donde aparentemente no la hay. Y de que la fuerza que se manifiesta en la debilidad de las víctimas es mucho más poderosa que las propagandas y los dineros de quienes confían demasiado, o exclusivamente, en los poderes terrenales.

Las lecturas que hemos escuchado nos invitan a confiar totalmente en el Señor y, al mismo tiempo, nos ponen condiciones. La pregunta de por qué al injusto, al que trafica con la sangre del inocente, le va bien en la vida, mientras el justo muchas veces es perseguido, no solo es de Job. Se lo preguntaba también el salmo 10, mientras le pedía al Señor que ya no nos gobiernen hombres de barro. Y nos lo seguimos preguntando muchos cuando vemos que el oficio del injusto rinde en este mundo, y con bastante frecuencia, más beneficios que el cultivo de la verdad, la justicia y la fraternidad.

Sin embargo, la primera lectura es clara al respondernos a la pregunta. Quienes aparecen como poderosos habiendo construido su poder sobre la injusticia y el abuso, un día desaparecerán y se los llevará el viento, porque no son nada. Mientras que la felicidad del que muere coherente y en armonía con su conciencia dura para siempre. La muerte, lugar de juicio, de evaluación y de vaciamiento total de la existencia, se alza siempre como el momento clave de la pregunta por el sentido de la vida. Y no hay nadie tan inconsciente que piense que su poder, sus armas, su dinero y sus contactos le evitarán pasar por ese juicio definitivo que es la muerte, y que nos dice quién es el que ha de reinar con el cordero degollado que permanece de pie —en bellas palabras del Apocalipsis— y quiénes serán arrojados a la laguna de fuego. Es decir, al

* Texto de la homilía ofrecida en memoria de los mártires de El Salvador, el 10 de noviembre de 2007.

** Rector de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA).

camino hacia el no ser, a la nada en definitiva. Ese cordero degollado que permanece de pie porque amó mucho, porque sirvió a los más necesitados de su época, porque fue testigo universal del amor de Dios, concentrando su amor de un modo especial en aquellos a los que el mundo no amaba ni respetaba: leprosos, locos, enfermos, prostitutas y pobres de toda clase. Ese cordero degollado que sigue solidario hoy con los emigrantes que mueren entre la vías del ferrocarril, hundidos en el mar, víctimas de una pobreza injusta que les expulsa de su propia tierra. Pero que también hoy sigue de pie acompañando a los que luchan contra una minería mentirosa, contra estructuras que crean pobreza, y al lado de quienes defienden los derechos humanos y quienes tienen el corazón tierno y solidario, al lado de los pobres de este mundo.

Con la venida del Señor Jesús las promesas del Antiguo Testamento llegan a su plenitud. Y por eso el apóstol Pablo puede decir con entusiasmo que nada ni nadie nos puede arrancar del amor de Dios manifestado en Cristo. Y, de nuevo, estas palabras, unidas a la sangre de los mártires, que murieron con la misma confianza puesta en el Señor, renuevan hoy nuestra esperanza y nuestra fortaleza. Nadie ni nada puede arrancar a los débiles de la fuerza que se manifiesta en Cristo. Nada ni nadie puede hacer que olvidemos a quienes se identificaron con Jesús de Nazaret en El Mozote, en el Sumpul, en Las Hojas, en La Quesera. Nada ni nadie puede hacer caer en el anonimato total a Juan —de Aguilares—, que murió ametrallado mientras tocaba las campanas de la parroquia para alertar a la población de la llegada de la Guardia Nacional, que marchaba con la misión de detener y desaparecer a los jesuitas compañeros del recién asesinado Rutilio Grande. Nada ni nadie puede hacer que olvidemos, cada uno desde su plataforma y desde su propia historia personal y grupal, a nuestros mártires concretos. Especialmente a aquellos más humildes y sencillos, a aquellos que los victimarios quieren que no tengan nombre. Ese nombre que en el Reino del Señor brilla más esplendoroso que el apellido de cualquier millonario de este mundo. Ese nombre que queremos que brille también aquí en la tierra, como en el cielo, en una sociedad donde sea la generosidad de las personas lo que cuente, y no el número de billetes que se tiene en los bancos. No hace falta tener mucho para ser mucho, nos dicen nuestros mártires, pero sí es indispensable ubicarse en este mundo del lado de las víctimas y de los constructores de paz con justicia.

Fueron los niños de El Mozote, las mujeres embarazadas del Sumpul, los ancianos y ancianas de Las Hojas, los pobres de La Quesera, y tantos otros mártires sencillos y humildes, los que forzaron el grito de “¡basta ya!” entre nosotros, y levantaron la solidaridad internacional con la paz. Ellos convirtieron a monseñor Romero, a los jesuitas de la UCA o a cualquiera de los mártires que hoy tenga mayor fama o reconocimiento

El Evangelio hace precisamente la relación entre la esperanza y los valores que desde nuestro trabajo y compromiso humano y cristiano deberían dominar la tierra. No es la prepotencia ni la altanería lo que agrada al Señor. No es la autocomplacencia ni la autoalabanza lo que destaca en el Reino de Dios. Al contrario, sólo el que sabe reconocerse pequeño ante Dios sale justificado de su presencia. Reconocerse pequeño y, por tanto, igual y solidario con los más débiles. Reconocerse pequeño y, por tanto, servidor, esclavo de los demás. A Ellacuría le gustaba hablar de los pobres con espíritu, viendo en ellos el Espí-

ritu del Evangelio que llama al servicio, a la solidaridad y a la construcción de la justicia. Pobres con espíritu que se reconocen pecadores y que, por tanto, se comprometen en la lucha contra el pecado personal y social. Pobres con espíritu que ponen su seguridad en la fuerza del Señor Jesús, y que no cambian en su solidaridad y en su compromiso, por fuertes que sean los vientos, como dice la canción. Gente sencilla pero valiente, que sabe vivir y que sabe mirar al futuro sin que la muerte sea un obstáculo para sus ojos. Gente buena que sabe perdonar porque primero han sido perdonados y amados por Dios. Por estas, y otras razones, el Tercer Mundo se puede convertir en el lugar natural de la fe cristiana.

Hoy, cuando se debate una vez más la ley de amnistía, que impidió reconocer la dignidad de las víctimas y justificó el silencio cómplice del poder ante la muerte del inocente, el Evangelio nos vuelve a cuestionar a fondo. El perdón de Dios llega sólo a quien lo solicita y reconoce su pecado. Del Evangelio debemos aprender no solo a nivel personal e individual, sino también a cómo convivir. Muchas veces hemos dicho que para que el Estado salvadoreño pueda decir con verdad que parte de los principios cristianos, debe aprender a pedir perdón. Pedir perdón por las víctimas de la guerra. Pedir perdón porque no protegió a los inocentes. Pedir perdón porque desde sus instituciones armadas se persiguió, se mató, se violó y se cometieron sistemáticamente crímenes de lesa humanidad.

No hay nada mejor que sentirse perdonado. Perdonado por Dios, perdonado por los propios hermanos y hermanas. Pero para eso hace falta reconocer la verdad y reparar, de alguna manera, el dolor causado a las víctimas. No hay sociedad feliz que pueda ser construida sobre el olvido de quienes dieron su vida por ella. Y las víctimas de nuestra guerra civil, las conocidas y famosas, y especialmente las desconocidas y anónimas, dieron su vida por la paz. Fueron ellos, los niños de El Mozote, las mujeres embarazadas del Sumpul, los ancianos y ancianas de Las Hojas, los pobres de La Quesera, y tantos otros mártires sencillos y humildes, los que forzaron el grito de "¡basta ya!" entre nosotros, y levantaron la solidaridad internacional con la paz. Ellos convirtieron a monseñor Romero, a los jesuitas de la UCA o a cualquiera de los mártires que hoy tenga mayor fama o reconocimiento. Monseñor Romero, los jesuitas de la UCA no son famosos porque era un buen obispo él, o porque eran grandes intelectuales ellos. Su mayor honor es haber escuchado el clamor de los pobres, de las víctimas y de los inocentes, y haber dado su vida defendiéndolos.

Cuando se celebran los aniversarios de los Acuerdos de Paz, siempre retornan a escena quienes los firmaron, pero pocas veces se recuerda a las víctimas que forzaron esa firma. Y son las víctimas, sí, las más simples y sencillas, las verdaderas protagonistas de la paz. Los firmantes lo hicieron a remolque de ellas. Si son sinceros, tanto el FMLN como Arena deberían reconocer públicamente que los niños, las mujeres, los ancianos ejecutados en las masacres fueron más protagonistas de la paz que quienes pusieron su firma en un papel.

La historia, para nosotros cristianos, no se construye desde el poder como fuerza que domina, ni desde el dinero como ídolo que nos esclaviza. La verdadera historia, la historia que no es paja que se lleva el viento, es la de todos aquellos que dieron su vida defendiendo la dignidad humana.

Papel necesario y firmas necesarias, pero que no pueden ocultar la verdad de la fuerza de las víctimas, presentes en la memoria, corazón y esfuerzos de tantas personas que clamaban por la paz.

Y son esos mismos pobres, esas mismas víctimas de la historia, las que nos terminarán convirtiendo a todos y todas para unir nuestras fuerzas en la construcción de una sociedad sin víctimas. La fuerza de ellos en nosotros, unida a la fuerza de Jesús, es la que doblegará el orgullo de los poderosos y los obligará a pedir perdón. Les aseguro, el Estado salvadoreño, la Fuerza Armada de El Salvador, más temprano o más tarde, ojalá que pronto, no tendrán más remedio que pedir perdón institucionalmente por los crímenes cometidos en el pasado, desde el Estado y desde el Ejército. La fuerza moral de las víctimas, no nos engañemos, es más poderosa que cualquier otro tipo de poder material.

Nuestro cristianismo es una religión basada en la palabra y en la vida de una víctima totalmente inocente, asesinada por un poder y por un Estado injusto. ¿Cómo puede ser posible que los seguidores de una víctima del pecado y de la injusticia cerremos los ojos ante las víctimas de la actualidad? La historia, para nosotros cristianos, no se construye desde el poder como fuerza que domina, ni desde el dinero como ídolo que nos esclaviza. La verdadera historia, la historia que no es paja que se lleva el viento, es la de todos aquellos que dieron su vida defendiendo la dignidad humana. Y es la historia también de las víctimas, unidas al Señor Jesús en el mismo sufrimiento y en la misma esperanza de resurrección que Él nos da.

La celebración de los mártires es, por eso, símbolo e invitación constante a la alegría. En medio de las contradicciones, avances y retrocesos del mundo en que vivimos, los mártires nos dejan ver siempre una luz, un significado, una esperanza. Y nos dejan vislumbrar también el horizonte de una humanidad nueva donde la dignidad, la libertad y el espíritu de solidaridad sean patrimonio de todos y todas.

En la eucaristía, en el pan y vino que ofreceremos junto con nuestras vidas, se nos da el propio Jesucristo. Junto con el pan y el vino ofrecemos también a Dios nuestras esperanzas y anhelos, nuestra memoria martirial y nuestro compromiso con las víctimas de la historia, nuestro deseo ferviente de que nuestro país haga honor, cada día más, al nombre de El Salvador. Tengamos la seguridad de que el clamor de esta Centroamérica mártir, unido a nuestras ofrendas, llegará ante la presencia de Dios. Y que Él hará presente en nuestra historia a su Hijo Jesús, alimento de profetas, fuerza de mártires y espíritu que renovará la faz de nuestras tierras. En nosotros y nosotras, convocados por nuestra fe en el Señor Jesús, siguen vivos nuestros mártires.